

El oficio de escritor

Alberto Duque López

1

Lo primero que busco al iniciar una novela o una historia para el periódico o un cuento, es el título. Lo necesito de manera impulsiva, histérica, como si fuera una carta de navegación y entonces lo consulto con muy pocas personas y hago comparaciones y observo las reacciones cuando, de manera imprevista, surge la temida pregunta:

¿Cómo te parece este título? y voy soltando algunos de los que he venido guardando durante largos meses, como si fueran osos ejerciendo la hibernación y digo: "¿Matarías un dragón por mí?" o digo: "El tigre engorda en octubre" o también digo "Mírala mirarte" y así sucesivamente, hasta cuando la paciencia de los demás ya no soporta más ejemplos.

Lo primero que busco cuando siento que tengo una historia madura, lista a convertirse en palabras, es ese título que a lo mejor el editor mirará con el ceño fruncido. Algún día escribiré un artículo sobre cómo excelentes libros tienen pésimos títulos, sé que puede ser divertido.

2

Era domingo y sin embargo estaba lloviendo en Barranquilla, un domingo lleno de arroyos que corren por las calles y arrastran basuras y muebles viejos que las señoras arrojan desde sus puertas a medida que la corriente fangosa sigue su curso.

Acababa de leer una pésima novela de Curzio Malaparte llamada *La piel*, convertida luego en una película peor por una señora llamada Liliana Cavani, con la actuación de Marcelo Mastroianni.

Si alguien pregunta por qué comencé a escribir, no sabría responder. Lo cierto es que ya lo hacía desde varios años atrás, desde la primaria, cuando inventaba historias que eran protagonizadas por mis compañeros de curso.

Solo sé que esa tarde de lluvia en Barranquilla me senté a la máquina de escribir y como pude, armé un comentario breve sobre ese libro. Marqué el sobre a nombre de Arnaldo Valencia Conto, jefe de redacción del *Diario del Caribe*.

Tres días después apareció la nota, en la página editorial y cuando lo supe en la universidad (estaba comenzando apenas una frustrada aventura con el Derecho), quedé mudo y la única persona a quien podía contárselo, mi padre, no lo entendió, no podía entenderlo porque estaba furioso en el momento de la llamada: lo había sacado del baño para contarle la hazaña.

Tres días después volví a escribir, volví a enviarle un sobre por correo urbano a Valencia Conto, quien ahora vive en Cartagena y es el responsable de esta vuelta de tuerca en mi vida.

Esta vez la nota era sobre una novela hermosa y nostálgica de Vasco Patrolini, *Crónica de los pobres amantes*, y siguiendo con el ritual, apareció a los tres días, en el mismo sitio.

3

Llamé a Valencia Conto, le di las gracias, le dije que le enviaría más colaboraciones y entonces soltó la frase mágica:

– ¿Por qué no vienes y conoces al *Cabellón*?

No dijo Alvaro, ni dijo Cepeda, ni dijo Cepeda Samudio, lo dijo de la manera como decía todo el mundo en Barranquilla, el *Cabellón*, el primero que se atrevió a llevar el pelo muy largo y ensortijado en un país de entonces como Colombia, machista, receloso de quienes no estuvieran propagando todo el tiempo su virilidad.

4

Ahí estaba.

Con el tabaco mordido, las manos grandes y nudosas, los ojos vivos, la franela y los pantalones blancos, las babuchas azules subidas al enorme escritorio en esa oficina refrigerada del periódico, situado al final del Paseo Bolívar.

Las palabras han sido rescatadas por la memoria:

– ¿Qué haces?

– Estudio Derecho por las mañanas...

– ¿Te gusta?

– Apenas estoy en el primer año, pero creo que me gusta...

– ¿Te gusta escribir?

– Bastante.

– ¿Te gustaría escribir, seguir escribiendo aquí?

– Claro...

– Vamos a comenzar por el principio: cuando salgas de clase, te vienes para acá y comienzas por recortar los cables de las agencias. ¿Sabes lo que es un cable, sabes lo que es una agencia?

– No.

– Claro, no tienes por qué carajo saberlo. Ven y te digo...

Este es un teletipo... En este rollo de papel se imprimen las palabras que la agencia nos envía durante todo el día... Tú vienes, con una regla cortas la tira de papel, te sientas, seleccionas lo que creas que es lo más importante y las pones en montoncitos... Las de deportes acá y las otras al otro lado, y así vas seleccionando... ¿entiendes?

– Por supuesto...

Seguimos hablando mientras me mostraba el periódico.

– ¿Te gusta el cine?

– Voy todos los domingos al mediodía...

– ¿Sabes quién es Pietro Germi?

– No, no lo conozco.

– ¿Sabes quién es Orson Welles?

– Tampoco.

– ¿Qué carajo sabes entonces sobre cine?

– Veo las películas de Bogart y las de vaqueros de John Wayne...

– Pura mierda, tienes que mirar las películas europeas, tienes que asistir al cine-club que tenemos los miércoles en el Colón, tienes que comenzar hoy mismo, tienes muchas vainas que aprender y creo que tienes apenas el tiempo justo.

Nunca supe qué quería decir con lo del tiempo justo. Me quedé callado y entonces siguió preguntando:

– ¿Te gusta leer?

– Leo mucho los fines de semana.

– ¿Qué carajo lees?

– Bueno, Víctor Hugo y Malaparte y Patrolini, y también Pavese...

– Pavese es del carajo, tienes que leerlo en italiano, a los escritores extranjeros hay que leerlos en sus lenguas originales. ¿Conoces a un escritor llamado William Faulkner?

– No, ¿de dónde es?

– Norteamericano, por supuesto, norteamericano como Hemingway, ¿conoces a don Ernesto?

– No, tampoco.

– Tienes mucho qué leer...

Le dije que sí, que tenía muchas cosas que leer, que tenía muchas películas que mirar, que tenía muchas cosas que aprender... Todavía tengo esa sensación, que me faltan películas y libros y a veces cuando aparece una nueva novela norteamericana o francesa o latinoamericana, o estrenan una película de Ridley Scott o Robert Altman, siempre me formulo la pregunta que se planteaba Sartre cuando recordaba a Camus:

– ¿Qué hubiera pensado Álvaro sobre esto?

5

Comenzó prestándome algunos libros. Recuerdo que ese día me entregó un ejemplar pequeño y gastado de *El viejo y el mar* y también recuerdo que esa noche por primera vez vi una

película que no era de vaqueros ni de hampones... Era italiana, la primera película rara que miraba, y mi padre no entendía por qué mis gestos cotidianos, domésticos ya no eran los mismos, ya no serían los mismos. Nunca lo entendería...

6

Me pagaban 200 pesos al mes.

Si la memoria no me falla, era 1966, dos años antes de *Mateo el flautista*.

Fueron meses tensos, llenos de personajes y situaciones insólitos. Una mañana veo un paquete sobre su escritorio. Con no disimulado orgullo, como un chico con un juguete recién desempacado, me dice:

- Mira, la nueva novela de Gabito, me la acaba de mandar de México...
- Y, ¿cómo te parece?
- Tiene demasiados adjetivos, muchos adjetivos que le sobran... pero es lo más berraco que se ha escrito en esta mierda de país...

7

Por el periódico pasaban todos los personajes de Barranquilla y los extranjeros que llegaban a Bogotá y necesitaban verlo. Recuerdo a Juan García Ponce con los pies sobre el escritorio, recuerdo al mismo García Márquez después de *Cien años de soledad*, a los pintores encabezados por Alejandro Obregón y Norman Mejía. Lo recuerdo con un *jeep* viejo que en ocasiones lo llevaba solo, como un mulo, a su casa de La Perla... Lo recuerdo escribiendo los *Cuentos de*

Juana, en las madrugadas calientes, cuando el periódico ya estaba cerrado (todavía se utilizaba el sistema de plomo) y esperaba el primer ejemplar tibio por la rotativa.

Cuando gané el premio Esso de novela en 1968, gracias a la generosidad y complicidad de Germán Vargas, ya no estaba en el *Diario del Caribe*, sino en *El Herald*. Cepeda escribió una nota sobre el desagradable incidente propiciado en ese entonces por un personaje curioso.

8

En la casa éramos muy pobres. Mi padre compraba cosas a un precio para venderlas a otro y se ganaba unos pocos pesos. Vivíamos en una de las zonas más representativas y populares de Barranquilla, en el cruce de Cuartel con la calle Obando, por donde pasaba un arroyo de miedo. La calle estaba sin pavimentar.

Casi todos los días comíamos lo mismo. Arroz con huevo. Carne, una vez a la semana, si acaso. Tenía dos camisas. La que llevaba puesta y la que se estaba lavando, y un pantalón. Esto comenzó a cambiar cuando Cepeda ordenó que me pagaran 200 pesos mensuales. Sin embargo, no podía comprar los libros que él me recomendaba.

La poetisa Meira Delmar se convirtió en un ángel protector porque, saltándose las reglas impuestas en su Biblioteca Departamental, ordenó que me prestaran todos los libros de Hemingway, Faulkner, Dos Passos y Melville que pidiera. Leía con desesperación, tratando de recuperar el tiempo perdido. Todavía sigo haciéndolo.

